

obra la música de todos los tiempos. Pero no hay que escandalizarse de tamaña paradoja. No se trata de dioses omnipotentes y omniscientes sino de hombres, aunque geniales, limitados histórica y culturalmente. Ni Bach ni Beethoven podrían vivir en gigantesco atajo toda la evolución musical y, genéricamente, cultural de los cientos de años que les han seguido y que hicieron posibles las obras de Bartok y de Messiaen. Ese salto es imposible, es decir absurdo. Pero es que, además, todo creador vive y construye su obra en su círculo cerrado personal: la creación es un *huis-clos* consigo mismo que no admite intrusiones del pasado y, menos aún, de un futuro inimaginable. La gran obra de arte hace de algún modo el vacío en su torno. El creador, por muy impregnado que esté de su medio histórico-cultural, crea en el silencio de su interior morada, en la limitación de su particularidad. Y es así cómo alcanza la universalidad. Otra cosa es pedir peras al olmo, intentar salirse de la condición humana.

## Un silencio cargado de voces

El mundo de la técnica y su vocabulario no suelen ser literariamente muy sugestivos. El intento de poetizar ese mundo y esas palabras por los futuristas de principios de siglo nos parece hoy irrisoriamente superficial. Pero, como todo en la vida, la técnica, hoy tan invasora, tan omnipresente, en cuanto se convierte en experiencia vital es materia propia del quehacer poético. La poesía es cuestión de intensidad de la experiencia alcanzada mediante el juego de sonidos y significaciones de las palabras. Cualquier vivencia puede alcanzar, en el espíritu del poeta, ese nivel de intensidad.

Podría parecer que la palabra «teléfono», tan manida hoy como el instrumento mismo que designa, cachivache práctico que es ya casi una prolongación de nuestro propio cuerpo, no tiene la menor resonancia poética. Y, sin embargo... Recordaréis seguramente un mágico episodio de *La recherche* proustiana en que el narrador toma por trampolín precisamente el teléfono, entonces en sus comienzos, para elevarse a una estremecida meditación poética sobre la presencia y la separación del ser amado. Gracias a la «magia admirable» del teléfono y por intermedio de las «sacerdotisas de lo Invisible» (las señoritas telefonistas), el narrador habla entre Doncières y París con su abuela (en realidad su madre: la del mismo Proust) y se asombra de una voz que cree oír por primera vez, aislada como está del contexto entero de la persona querida, cual «si clamara desde las profundidades de donde ya no se vuelve», «fantasma tan impalpable como el que tal vez volvería para visitarme cuando mi abuela estuviera muerta»... La voz que le llega al ausente es una voz cargada de silencio: del silencio

que mortalmente acecha en las inexploradas regiones del futuro, del silencio que clausura día a día nuestro pasado...

Para nosotros, europeos de este final del siglo XX, ahitos por tanto de prodigios técnicos, el teléfono ha perdido en gran parte su magia y su poesía. Hoy no pasa de ser un adminículo más de la vida práctica. Y no sería nada fácil que a través de él sintiéramos que nos habla lo Invisible. Pero en cualquier vida, hasta la más anodina y serial, hay momentos en que por el cauce de lo rutinario y lo consabido se introduce como un relámpago la voz de lo invisible o, si se quiere, la voz del silencio. Uno de esos momentos hube de experimentarlo yo, y aún persiste como un eco interminable por los aposentos de mi memoria, gracias a esa *admirable féerie*, hoy tan adocenada, del teléfono. Si el narrador de *La recherche* pudo oír hace un siglo una voz cargada de silencio, a mí me tocó oír, por un tiempo que aún me parece eterno, un silencio cargado de voces.

Eran los días finales del mes de mayo. El poderoso anciano que había sido mi padre enfilaba la recta final de su lenta marcha hacia la nada. El progresivo envenenamiento de su sangre por el casi nulo funcionamiento de los riñones le había privado de gran parte de sus facultades. Ya no hablaba, salvo por borborigmos incomprensibles o chasquidos de la lengua. Pero su robusta constitución le mantenía aún levantado: se sentaba en su sillón y miraba con ojos fijos y aun expresivos, cargados de un interrogante asombro, a quienes le rodeaban. Yo había vuelto por una semana a mi trabajo de París: pensaba que el desenlace, ya seguro y próximo, no era de todos modos inminente. O bien me dejaba cómodamente engañar por el inconsciente conato de negar la muerte, de afirmar la rebelde esperanza de la vida, hasta el último dintel. Es tan fácil no aceptar lo inevitable, mirar para otro lado cuando la Enemiga «por el otero asoma». El teléfono contribuía al engaño: mis inquietas llamadas cotidianas tenían a menudo por respuesta palabras tranquilizadoras de quienes se ocupaban del anciano. ¡Y cómo no estar dispuesto a creerlas cuando la pusilánime tacañería de la esperanza nos susurra constantemente al oído: un día más, una semana más, quizá un mes más...!

Con el anciano me era ya imposible cambiar ni una palabra. Intuía su presencia inquieta junto al aparato telefónico, quizás haciendo gestos enérgicos y desesperados. Pero no pedía hablar con él, ni él parecía probablemente ser plenamente consciente de quién llamaba y de qué se hablaba. Sin embargo, un día... Faltaban dos para mi vuelta a Madrid. Mi primo, como de costumbre, trataba de tranquilizarme: «¡No te preocupes! ¡No está peor!...». Súbitamente, noté como una ensordecida agitación, sonidos guturales, un pequeño golpe en el teléfono... como si se fuera a cortar la comunicación. Tras un instante la voz de mi primo volvió a oírse, un poco agita-

da, entrecortada: «Se empeña en hablarte... No sé... No puede... Te lo paso». Recibí como un choque. Esperanza de que al fin pudiéramos hablarnos. Temor a que... ¿A qué? No sabía exactamente. Noté un rebullicio, un nuevo golpe de teléfono, unos balbuceos borborígmicos como de un tartamudo luchando angustiosamente con la palabra rebelde... Y en ese momento, sin que yo me diera claramente cuenta, o sin valor para plantar cara al vacío que se despeñaba sobre nosotros dos a través del hilo telefónico, empezó la eternidad, esa aguda certeza del tiempo irrecuperable... Notaba una tensión latente que no lograba estallar y deshacerse en palabras. Sobreco-gido, incapaz de asumir la tragedia del instante, yo no sabía qué decir. Sólo algunas palabras sueltas y anodinas: «¿Cómo estás?... ¡Voy pasado ma-ñana!...». No oía sus palabras (no las había), pero sí su *feroz* voluntad de hablar que se traducía por imprecisos ruidos de las manos y de la boca, como si se tratara de un naufrago que, con los pulmones llenos de agua, braceara aún furiosamente para escapar al hundimiento definitivo en el glauco territorio de la nada.

¿Cuánto duró aquel silencio entrecortado de un moribundo que quería decir su último adiós a la vida en la persona de su hijo? No lo podría decir. Quizá fueron treinta segundos, tal vez tres o cuatro minutos... Ahora siento como si hubiera durado toda una eternidad, la eternidad. Era un silencio cargado de voces. Con un último esfuerzo de su férrea voluntad, el anciano me decía el adiós definitivo al que yo no supe contestar como contestaría un hombre entero porque la mayoría de los humanos somos de una torpeza infantil y una grosera cobardía ante la muerte: nos negamos en redondo a verla de cara, como al sol. Lo mismo el moribundo que quienes le rodean, dispuestos uno y otros torpemente a enmascarar el hecho fatal que se avecina. Mi padre, ahora lo veo con una claridad fulgurante, no se engañaba ni quería engañarme. En la semiinconsciencia de su agonía era capaz de asumir su muerte —como la había asumido serenamente toda su vida sabiendo que era la gran puerta de la nada— y tratar de darme valerosamente cuentas de ella. Le fallaban las palabras, no su silencio. Silencio elocuente en el supremo trance, más elocuente que miles de palabras... Porque la palabra de la muerte, el pensamiento del fin, tiende al silencio, como la poesía misma, esa «soledad sonora» en que se refugia el último conato del ser. El anciano me avisaba con su tenso, vibrante silencio: «Estoy muerto, voy a morirme. Ven en seguida. Quiero decirte adiós, hijo». Yo, mísero de mí, no tuve el valor de oír el mensaje que me venía de las profundidades del espacio y del tiempo a punto de ser abolidos. No cogí un avión inmediatamente: ya tenía el billete para dos días después. O, más sencillamente, no tuve la entereza, el instante de luz que rescata las sombras, de despedirme de él en los mismos términos, de hom-

bre que muere a hombre que ha de morir, juntos en la asunción de la muerte por el amor de haber vivido. A la mañana siguiente me llamaba mi hermano: «Se ha muerto. Se ha ido. Esta noche».

Han pasado casi diez años. La vida ha seguido su curso, para mí como para todos los vivos. El tiempo nos envuelve en su fluido impalpable y nos sigue musitando: «Mañana, mañana...». Y la existencia se llena de ruidos, de voces, de ecos. Pero yo sigo oyendo aquel silencio que venía ya de la eternidad, aunque todavía vivo y lleno de voces, un silencio que ha continuado resonando en el fondo sin fondo de mi cuerpo y de mi memoria como un viento que soplara «sobre los vivos y sobre los muertos».

**Francisco Fernández Santos**







Andreas Kohl: «Ex-libris» (Nüremberg, 1650)